



SAUDADE

La lluvia, el olor a tierra mojada, la humedad, pasear por los montes que rodean el pueblo. El intenso verdor de la primavera y el dorado de los días otoñales, cuando los robles y los castaños empiezan a amarillear y a dejar caer sus hojas, creando una tupida alfombra por la que asoman de vez en cuando boletus o cucurriles.

El mar, fiero y bravo al romper contra las rocas de la Costa da Morte y calmado otras veces cuando baña relajado lugares como la playa de la Lanzada, siempre con el agua helada para mantener el litoral a salvo de turistas de pulserita y chiringuito. Ese mismo mar que vende caro su marisco y al que sólo la gente más dura es capaz de arrancarle los percebes, los bogavantes o las navajas.

Las interminables comidas familiares que empiezan con un poco de empanada, el caldo gallego servido en la cunca, los pimientos de padrón, el “pulpo a feira”, el lacón con grelos o el cocido gallego. Rebañar todo con pan de Cea y un trocito de tarta de Santiago de postre. Una queimada o un café solo servido en pocillo para terminar la comida y el sempiterno chupito de licor café para asentar la copiosa ingesta.

Las ciudades que se afanan por mantener la dicotomía entre modernidad y tradición, capaces de albergar al ejecutivo de traje y corbata de la gran empresa textil y al gaitero vestido con el traje tradicional. Las aldeas donde las mujeres cultivan los pequeños huertos llenos de patatas, berzas y grelos, hablando un gallego tan cerrado que casi no eres capaz de entender... y que tampoco hacen mucho esfuerzo para que entiendas, que ya sabemos que nunca tendrás claro si un gallego sube o baja.

La recogida de la castaña con la fiesta de los magostos, los boteiros y peliqueiros en las fiestas de carnaval, los valles, los ríos, mi familia, mis amigos, mis raíces... las meigas, que todo el mundo intuye que haberlas, “haylas” y hasta el dramático “feismo” gallego, capaz de

pintar una casa color rosa en medio de un bucólico paisaje, o poner una bañera a modo de bebedero en medio del campo, para las famosas terneras gallegas.

Todo esto y mucho más era lo que echaba de menos. Sentía morriña de todas estas cosas y fue por eso por lo que tras unos cuantos años, quise volver a mi pequeño pueblo gallego.

No se me habría pasado por la cabeza aquel día de finales de agosto cuando, montada en el asiento trasero del coche de mis padres, partí hacia Madrid para cumplir mis sueños. Imaginaba una nueva vida lejos del pueblo, conocer lugares y gente nueva, progresar, crecer... y sobre todo aprender aquello que tanto me gustaba.

Acostumbrarse a vivir en la gran ciudad no es algo sencillo para alguien que, como yo, vivió su infancia en un pueblo de apenas cincuenta habitantes. Estudié en lo que se conoce como CRA, que no es más que un colegio rural agrupado, donde los diez niños del pueblo convivíamos en el mismo aula, independientemente de nuestra edad. Yo creo que fue ahí donde despertó mi vocación por la ayuda a los demás. Cuando pasé a ser de los mayores de la escuela, me gustaba encargarme de los más pequeños. Siempre era yo la que curaba las heridas en sus maltrechas rodillas. Pensad que por aquel entonces nuestro patio de recreo era “la Lama”, la era que teníamos justo detrás del cole. Ni imaginábamos salir a un patio con el suelo acolchado de losetas de caucho y goma. En mi pueblo, cuando caíamos, era la arena o la gravilla las que se encargaban de dejar su recuerdo en nuestras piernas y manos. Es por cosas como esta que los de pueblo somos “menos melindrosos” que vosotros.

De limpiar pequeñas heridas pasé a desinfectar alguna brecha o algún corte un poco más serio y a ser yo la “practicante” que ponía las inyecciones. Los primeros pacientes fueron los perros del vecindario. El veterinario rara vez pasaba por allí... y aunque hubiera pasado, en el mundo rural no somos muy partidarios de gastarnos dinero en los animales, así que ahí estaba

yo con catorce o quince años, suturando heridas de colmillos de jabalí en los lomos de los perros de caza, poniendo las vacunas de los cachorros e incluso abriendo con una pequeña cuchilla la piel, para sacar alguna espiga infectada.

Mi primera paciente bípeda fue mi abuela Carmen. Recuerdo aquel verano en que tuvieron que operarle la rodilla y era yo quien le ponía la inyección de heparina. Limpiaba con exquisito cuidado la piel de la tripa con algodón bien impregnado en alcohol, desfundaba con mimo y mucho protocolo la aguja, émbolo hacia atrás para llenarla... "abuela que voy" y ¡zasca! inyección puesta. Después de aquello era yo la que se encargaba de poner las inyecciones en el pueblo.

Hoy me da pena que la recuperación de Carmen no saliera del todo bien. "Llevala a un buen fisio para que recupere la movilidad", nos dijo el médico. Pero claro, pensar en gastarse cuatro o cinco mil pesetas de aquella época en un fisioterapeuta, hace veinticinco o treinta años, en el pueblo... y cuando el más próximo estaría a unos cien kilómetros, era bastante optimista. Así que Carmen fue perdiendo poco a poco la movilidad de sus piernas hasta que quedó en la silla de ruedas desde donde ve pasar la vida hoy en día. Afortunadamente, las cosas del mundo rural han ido cambiando poco a poco.

Aquellos días descubrí mi amor por la enfermería. Lo descubrí yo y también mi abuela, que fue quien pagó mis estudios en Madrid. No habría sido fácil sin ella. En casa no pasábamos estrecheces, teníamos algo de ganado y regentábamos la pequeña cantina del pueblo -digo regentábamos, porque allí trabajábamos todos-, pero pagar la universidad y la manutención en la ciudad era harina de otro costal. No obstante, una vez más la familia gallega cumplía su misión. En sus años jóvenes, mi abuela, que había sido uno de los muchos españoles que tuvieron que emigrar a Alemania para ganarse la vida, había reunido unos ahorrillos suficientes para comprar un piso en Madrid. Supongo que fueron tiempos difíciles. Nunca llegó a vivir en

él más de dos semanas, porque también a ella le afectaba la morriña, así que ahora lo habitaba uno de sus ocho hijos, con su nuera y su nieto. Allí aparecí yo. Metro cada mañana desde Usera hasta el Santiago Bernabéu, donde estaba la facultad, “la Nebrija”. Línea tres, línea diez, un rato de clases, otro de biblioteca, colas en reprografía justo antes de la entrega de los trabajos, donde Jose, el sempiterno encargado a punto de jubilarse, siempre hacía amena la espera... Así fui pasando los cursos. Guardo muy buen recuerdo de aquellos años. Días de risas con las compañeras de clase, horas muertas en la cafetería, tardes de copas en casa de alguna amiga, los primeros novietes...

Cada verano volvía al pueblo donde ejercía de “enfermera oficial”, y así mataba esa necesidad de reencontrarme con los míos.

Terminó la facultad y empecé a buscar trabajo. Una suplencia por aquí, una baja maternal por allí, hoy un centro de salud, mañana un gran hospital, pasado una residencia... y así fueron pasando los meses y yo me fui formando como enfermera. Todo transcurría con la normalidad habitual en una recién graduada.

Me habría quedado más tiempo en Madrid, sin embargo, aquella llamada de mi madre precipitó las cosas. La abuela Carmen cada día estaba peor y ya no podía hacerse cargo de ella en casa.

Nada me ataba realmente a la ciudad. Los médicos, fisioterapeutas, enfermeros... se esperan en los pueblos como agua de mayo y yo estaba rodando sin más, haciendo suplencias en la capital. Me volvía a casa. Estaba decidido.

A los urbanitas que no conocéis mucho la vida de los pueblos, debo decir que vivimos en una especie de mundo paralelo. Aquí todo el mundo me conoce por mi nombre, claro, pero también soy “la nieta de Carmen” o “la hija de Mercedes”. Incluso algunos aún me conocen por el apodo familiar... Cecilia “la ferreira”, que para algo descendo de una familia de herreros.

La forma de trabajar también es distinta. Cuando vine aquí empecé directamente en la residencia donde ingresamos a Carmen, que está en el pueblo “cabeza de partido” y a las pocas semanas ya trabajaba también, unas cuantas horas, en los consultorios de salud de los pueblos de la zona. Los miércoles de diez a doce en Barjacoba, de doce a dos en Pías, los jueves en Vilavella... Sin embargo, aquí eres enfermera las veinticuatro horas del día. No hay duda que no puedas atender, corte que no puedas desinfectar o venda que no puedas poner. A diferencia de los que vivís en la ciudad, un pueblo pequeño es una gran familia y yo me convertí poco a poco en la persona de confianza de todo aquel al que le dolía algo.

Me gusta esa sensación. Aquí no trabajo de enfermera, sino que “soy la enfermera”. Es cierto que lo mismo me preguntan sobre enfermería, que sobre nutrición, fisioterapia, farmacia, herboristería, remedios caseros, curanderos... ¡Hay que saber de todo! Por contra, los pagos también son de todo tipo, porque al sueldo “oficial” hay que sumarle la docena de huevos que Lita te da el día que vas a echar un vistazo general a su madre, los dos repollos que te regaló Luz cuando lo de su esguince, el transporte de los troncos para la chimenea que hizo Luciano, en agradecimiento a las heridas que curaste el día que tropezó y cayó desde lo alto de la leñera, la perdiz que cazó José María, el licor de Angelita... y así todas las semanas. ¡Hasta el jamón de Víctor por el día que hubo que hacer de ambulancia y llevarlo de urgencia pensando que tenía una apendicitis! Y a todo esto... ni se te ocurra decir que no, porque sería considerado como la peor de las ofensas.

Poco a poco fueron pasando los meses en la tranquilidad gallega. Empecé a salir con un chico de los amigos de toda la vida que, como yo, había vuelto al norte para trabajar en los molinos eólicos, que otra cosa no, pero en Galicia días ventosos tenemos para regalar. Compramos una casita juntos, con un amplio terreno detrás donde seguir la vasta tradición de hortelanas que existe entre las mujeres de la dinastía familiar. Nos casamos como mandan los

cánones y formamos una estupenda familia de dos... hasta que un día decidimos aumentarla. Y nació Miguel. Y os podéis imaginar, porque en la España vacía un nacimiento es un bien escaso, y eso hay que celebrarlo por todo lo alto.

Los días transcurrían tranquilos en mi pequeño pueblo gallego, con todo en orden y siguiendo en consonancia los tiempos de la naturaleza. Cada estación del año, con su actividad y sus dolencias típicas. La matanza con los fríos del invierno y la tristeza asociada a las largas noches en la soledad de unos pueblos, donde a las cinco de la tarde la oscuridad es total. El verano, con los paisanos que retornan al pueblo de vacaciones y donde son habituales las diarreas, las otitis y las picaduras de avispa. El otoño con la berrea de los ciervos, los resfriados, la gripe y algún que otro golpe, esguince o fractura, resultado de “un buen día de setas” que se complica. La primavera con su astenia, las alergias... En la residencia también notamos las estaciones. La peor época es el invierno. Aquí hace mucho frío, así que los abuelos no salen demasiado al jardín. En esos meses fallecen más residentes. El cuerpo de nuestros abuelos deja de pelear y se nos apagan poco a poco... como caen las hojas de los árboles. Es ley de vida, está claro. Me gusta pensar que se van como han vivido, en la tranquilidad y rodeados de gente que los quiere. Cuando sucede, yo estoy allí. Soy una más de la familia y es parte de mí y de mi trabajo ese último abrazo, ese último ratito, ese último apretón de mano. Esa mirada que se va, cansada de vivir, pero orgullosa de todo lo que ha sido. Es algo parecido al madero de encina que después de haber calentado la estancia ardiendo a fuego vivo dando calor al hogar, se consume poco a poco hasta que acaba por convertirse en cenizas en la madrugada, cuando ya todos duermen. También mi trabajo me llena en esos momentos, porque tanto la persona que se va como su familia, han formado parte de mi vida. Con la mayoría de ellos he tenido relación prácticamente desde siempre. He crecido junto a sus hijas, he visto nacer a sus nietos, he sabido

de sus logros y sus fracasos. He vivido en definitiva toda su historia que, en parte, queda ligada a la mía.

Inmersos en esta rutina transcurría la vida de mi pequeño pueblo gallego, cuando el dichoso virus alteró su calma. Llamadas de teléfono de funcionarios de la Xunta y la Consejería de Salud que se cruzaban. Familiares asustados, preguntándonos qué íbamos a hacer con sus abuelos. Gente entrando en pánico dudando si sacar o no a su familiar de la residencia. Si era mejor que estuviera aquí o en casa. Ninguna directiva clara, ninguna orden especial sobre qué hacer... Imaginad si en las grandes ciudades no teníais EPIS o medidas de protección especial, qué íbamos a tener aquí. Lo único que nos llegaba es que los madrileños estabais infectados. Que no se nos ocurriera tener contacto con vosotros, que teníais un virus letal encima y que... si ese virus entraba en la residencia, estábamos perdidos. Aquellos primeros días era tal el pánico, tal la ansiedad, que casi hasta el hablar por teléfono con la hija de Felicitas -una de nuestras abuelas- que vive en la ciudad, parecía que podía contagiarnos. Había miedo, claro que había miedo. Si en la ciudad lo teníais, imaginaos en estos pueblos donde la media de edad es muy alta. Donde los nacimientos son muy pocos y donde los abuelos son muchos. Teníamos claro que si el virus llegaba a aparecer por aquí, con la letalidad que se le presumía y que tuvo aquellas primeras semanas, nos quedábamos sin pueblos. La España vacía se iba a consumir mucho antes de tiempo. Adiós a las comidas familiares, al fuego en la chimenea, a las pequeñas tradiciones... Ninguno de los que trabajamos para cuidar de nuestra gente podíamos permitirlo. Está claro que todos trabajamos por dinero, si no, no lo haríamos, pero pensad que aquí somos una familia. Al panadero no le sale rentable subir el pan a Sever, donde solo hay tres familias y sin embargo lo hace cada mañana. Al comerciante le sale prácticamente lo comido por lo servido cuando en invierno no le compran en Barjacoba más que tres o cuatro cosas. El que lleva los congelados haría mejor negocio quedándose en casa cuando en invierno, con la



carretera helada, pierde toda la mañana para ganar unos pocos euros. Sin embargo, a ninguno se le pasa siquiera por la cabeza dejar de ir, porque Lita, Luz, Luciano, José María, Angelita, Víctor o tantos otros, tienen que seguir viviendo. Tienen que seguir defendiendo su pequeño pueblo, su montaña, su valle, su cultura y sus tradiciones. Así que nosotros, el personal de la residencia de mi pequeño rincón gallego, decidimos que nos íbamos a encerrar con nuestros abuelos e íbamos a estar allí el tiempo que fuera necesario, para no contagiar a ninguno. Aislamos nuestra casa para que el coronavirus quedase fuera. Dos turnos, que rotarían cada veintidós días previa PCR negativa. No podíamos renunciar a nuestro compromiso con ellos, con nosotros mismos, ni con nuestra profesión.

Está siendo duro, claro. La soledad que en muchos casos sienten las personas en una residencia se acrecienta exponencialmente cuando nadie puede acudir a visitarlos. Los abuelos que conservan sus facultades cognitivas saben que no vienen a verlos por el dichoso virus, pero les hace daño escuchar los informativos cada día. Parece que no hay esperanza en ellos. Tienen la sensación de que, en caso de contagiarse, van a ser abandonados a su suerte. Es difícil sobrellevar la vida así, aunque por teléfono sus familiares se afanan en decirles que no se preocupen, que todo esto pasará y volverán a abrazarse. No es fácil mantenerlos animados, ni tampoco es sencillo evitar que ese desánimo nos arrastre a nosotros. Parece que el virus afecta más a aquellos que tienen patologías previas. Es raro en una residencia encontrar a alguien que no las tenga, así que hemos ideado un plan de choque. Trabajamos con todo tipo de ejercicios respiratorios para intentar ganar capacidad pulmonar y a eso le sumamos ejercicio terapéutico. Intentamos mantener en forma sus pulmones y su corazón... y así también les mantenemos ocupados.

Con aquellos cuyas mentes ya vuelan en otra realidad paralela a la nuestra es más complicado. La falta de contacto personal hace que se pierdan aún más en ese mundo suyo que

transcurre entre lo real y lo imaginario, entre la actualidad y esas imágenes que le vienen al presente de un pasado lejano, pero que vuelve vívidamente como si les estuviera pasando en ese mismo instante. Ellos son los más perjudicados. Horas aislados en su habitación para evitar el contacto, mentes vacías... no podemos hacer mucho más que mantener sus constantes vigiladas, administrarles su medicación e intentar movilizar un poco sus rígidos cuerpos para evitar la atrofia y las escaras. Les hablo. Trato de pasar el mayor tiempo posible con ellos intentando que sigan con nosotros, que la soledad que les impone el virus no haga que sus cabezas vuelen aún más rápido hacia otros mundos. Intento mantenerlos aquí. Esperemos que esta situación pase pronto.

En lo que a mí respecta, cada noche, cuando escucho a mi hijo balbucear a través del teléfono, agarrado por los fuertes brazos de su padre, siento la necesidad de tenerle junto a mí. De acunarlo en mi regazo, en el “colo”, como decimos en Galicia. Hablo con mi marido, con mis padres y sé que ellos cuidan de que todo esté bien fuera. Les regaño cuando me dicen que han salido a la calle sin mascarilla o que han salido a dar una vuelta por la montaña mientras el resto del país está confinado en sus casas. “Si aquí no nos cruzamos con nadie” me responden siempre. Los imagino aprovechando esta primavera tan rara, paseando con los perros por los senderos de la ladera de mis montañas, mientras algún corzo despistado los observa curioso desde lo alto.

Me tranquiliza saber que al otro lado de estos muros, ellos cuidan de todo. Ellos son y mantienen mi familia fuera. Dentro, yo me encargo de mantener y cuidar esta familia. Mis abuelos se irán apagando poco a poco, igual que el tronco se quema en la chimenea, pero arderán hasta el final. No los apagaré de golpe el dichoso coronavirus. No si puedo evitarlo.

Siento los aplausos cada tarde a las ocho. De hecho, abrimos las ventanas y dejamos que los abuelos se asomen a mirar y vean a los que aplauden por aquí. Me gusta imaginar cómo

sonarán esos aplausos en Madrid. En Usera, en la Castellana o en la Plaza de los Sagrados Corazones por donde tanto pasé. Aquí aplaudimos pocos... allí sois muchos, así que se oirán mucho más fuerte. Sin embargo, yo no necesito aplausos, ni reconocimientos, ni palmaditas en la espalda. Me basta con saber que mi abuela Carmen estará siempre tan bien cuidada y atendida como lo estuve yo de niña. Con saber que no se irán solos en una cama de hospital, sino con una mano amiga junto a ellos. Con saber que no los atenderá un desconocido, sino que seré yo, la nieta de Carmen, la hija de Mercedes, o simplemente Cecilia “la ferreira”, la que estará cuidando de su pequeña familia gallega.